

LOS *EXIGUA INITIA* DE ROMA.
CONSTRUCCIÓN DEL PASADO A FINES DE LA REPUBLICA.
The *exigua initia* of Rome.
Construction of the past at the end of the Republic.

JOAQUÍN MUÑIZ COELLO
Universidad de Huelva
orcid-org/0000-0003-2984-6360

Recibido: 22/02/2023 Aceptado: 02/06/2023
Revisado: 01/06/2023 Publicado: 18/09/2023

RESUMEN

La tradición sobre los primeros pobladores de la Ciudad habló de colonos griegos y en particular, de los sucesores de los fugitivos de Troya, y de poblaciones autóctonas, los aborígenes, las poblaciones que ya estaban instaladas en el Lacio. Versiones que en algún momento en esta tradición se fusionan. Se crea así la imagen de una Roma abierta, de población mixta y heterogénea desde el principio, que la hizo la más fuerte y poderosa de su tiempo. Pero esta imagen sólo era una retroproyección de la Roma que habitaban los historiadores que construyeron el relato de su pasado más antiguo, a partir de su presente.

PALABRAS CLAVE

Aborígenes, Asylum, Extranjeros, Griegos, Xenofobia.

ABSTRACT

The tradition about the first settlers of Rome spoke of Greek colonists and in particular, of the successors of the fugitives from Troy, and of autochthonous populations, the aborigines, the populations that were already installed in Lazio. Versions that at some point in this tradition merge. Thus, the image of an open Rome is created, with a mixed and heterogeneous population from the beginning, which made it the strongest and most powerful of its time. But this image was only a rear projection of the Rome inhabited by the historians who constructed the story of its most ancient past, based on its present.

KEYWORDS

Aborigines, Asylum, Foreigners, Greeks, Xenophobia.

“Every generation needs to (re) consider the past in terms of its own perspective, in a way that will make sense to a contemporary audience and advance historical analysis beyond the set of standard questions that every schoolchild must face”

Harriet I. Flower, *Roman Republics*, Oxford & Princeton 2010, 6.

LA ESCRITURA. LOS VESTIGIOS MÁS ANTIGUOS DE LA CIUDAD

En este trabajo que trata los tiempos más antiguos de la Ciudad, vamos a hablar de textos, de episodios y relatos, y de la intención de sus autores sobre los lectores de su tiempo. Pero forjaríamos una idea equivocada si no tuviéramos en cuenta que aquellos relatos apenas llegaban a una parte de la élite que incluía desde luego la clase dirigente, y no tuviéramos en cuenta cuáles eran los niveles de alfabetismo de la población. En definitiva, debemos aludir al eventual número de individuos del total de la población que sabía leer y escribir en los tiempos en que se escribieron aquellas historias que trataban de los tiempos más antiguos. Para empezar, sabemos que el mundo clásico carecía de los medios necesarios para extender el uso de un instrumento como era la escritura, lo que induce a pensar que salvo una minoría, sus sociedades fueron fundamentalmente iletradas. Esto no fue óbice para que las clases dirigentes pudieran ejercer de forma satisfactoria el control y el poder sobre la población, desde el momento en que, por ejemplo, los mandatos y leyes escritas no precisaban que sus destinatarios supieran leer y escribir para su conocimiento, pues bastaba que otros lo hicieran por ellos y transmitieran sus contenidos. Parece demostrado que esta era la situación en la Grecia Arcaica, con bajos valores de alfabetización, pero en la que los ciudadanos conocían en esencia sus leyes porque existían unos empleados – los *mnamonés* en ocasiones, los *thetái* en otras – cuyo oficio era recitar las leyes ante el pueblo y, como ocurría en los juicios, ayudar a los litigantes recordándoles cuando era necesario lo que aquellas decían (L. Homo, 1925, 8; Harris, 1979, 13; 114; Whitley, 1997, 639; para Grecia, Z. Papakonstantonou, 2008, 82/83)¹.

1 No más de un 10% de la población de la Atenas Clásica podía leer y escribir. Hasta muy entrado el siglo V la

En Roma, la escasez de material gráfico, principalmente inscripciones, que nos ha llegado de entre el 600 y el 250 a. de C. pudiera explicarse por ser al principio la escritura algo restringido a los ámbitos religioso y aristocrático. Con los datos actuales, los expertos afirman que no hubo escritura en la Ciudad hasta finales del siglo VI, y siendo más cautelosos aún, hasta un siglo más tarde, y ésta en niveles mínimos de extensión, pues su difusión fue posible sólo a partir del contacto con el mundo helénico y Cartago. Los intelectuales romanos abordaron el origen de la escritura desde el mito, señalando como autores a los griegos y en concreto al arcadio Evandro, quien la aportó a los aborígenes, de modo que, suponían, las letras latinas más antiguas eran en realidad las letras griegas más antiguas, siendo el corintio Demátrato el que, según Tácito, la introdujo en Etruria. Una ficción difícilmente conciliable con el hecho de que el latín arcaico que pudo usarse hacia el 500 a. de C., se considerara una lengua extraña que apenas podía entenderse a mediados del siglo II a. de C. Una centuria antes el porcentaje de los romanos que podían leer las leyes directamente, sin intermediarios, quizás no eran más del 1 ó 2%, desde luego siempre muy lejos del 10% que se ha propuesto² (Ogilvie y Drummond, 2006, 11; Cornell, 1992, 189-198; Poucet, 1989, 285-311; 2000, 296; 5% del total para Harris, 1989, 151, 158 y 331; Cristofani, 1978, 5-33; Corbier, 1987, 27-60. Para Momigliano (2006, 52-112, 8), la escritura aparece a partir del 600.

Las referencias de la historiografía augústea sobre los Tiempos Primitivos de Roma nos indican que los primeros que trataron el tema fueron los

escritura fue en Roma de uso raro. Sobre su importancia, Diod. XII.1.3 Viendo el modelo de composición seguido en la mayor parte del material legal conservado, donde las repeticiones de ideas y términos son una constante hasta la monotonía, llegando a construir textos farragosos y a recargar los mandatos jurídicos hasta la confusión, pensamos que se buscaba alguna fórmula mnemotécnica con la que alguien, designado para ello, cantase o recitase los textos en la ocasión y tiempo que se precisara.

2 Pol. III.22.3; 26.1; cuando el primer *praetor maximus* clavó el clavo por vez primera año 363 a. de C. – , “la escritura era rara”, Livio, VII.3.6. La noticia de Tac. *ann.* XI.14, tiene todo el aspecto de conformar la realidad, cualquier realidad, a partir de los datos que recuerda, sin rigor alguno. Aun así, la escritura en los tiempos más antiguos de Roma estuvo más presente en las esferas pública y privada que lo que la evidencia testimonial nos indica.

griegos³. En la mayoría de los casos estos autores fueron meros nombres, cuyas obras se perdieron y de los cuales sabemos lo que la fuente que los utilizó nos ha referido. Ya aludimos a ellos anteriormente en otro trabajo⁴ (Momigliano, 1993, 92; Poucet, 1985, 57-59; Muñiz Coello, 2019, 263). A mediados del siglo II a. de C. lo que los romanos sabían sobre sus reyes eran noticias de carácter mítico y legendario, tomados de la historiografía helénica por los analistas romanos, lo que se traducía en que la historia anterior al siglo III era básicamente desconocida.

Junto a los relatos de estos informantes existía un cúmulo de noticias anónimas de calado a veces irrelevante, algunas tradiciones familiares y leyendas populares de muy incierta fiabilidad, quizás algún material griego e incluso etrusco, una lista de cónsules muy manipulada a lo largo del tiempo, y las notas tomadas cada año por el *pontifex maximus*, que registraban datos como un eclipse o los precios del trigo. Si confiamos en sus propias declaraciones, Livio y Dionisio de Halicarnasos aseguraban haber tenido a mano documentos como el tratado firmado con la villa latina de Gabios, por Tarquinio el Soberbio, que se conservaba en el templo de Dio Fidius, al que los romanos llamaban Sanco. Este texto estaba inscrito en caracteres antiguos en un escudo de madera recubierto con la piel del buey que se sacrificó en la ocasión. Igualmente se conservaba la *lex sacra* concerniente al Templo de Diana en el Aventino, el *foedus Cassianum* firmado en el 493, conservado en copia en una columna de bronce que estaba en el centro del foro, y el primer Tratado entre Roma y Cartago, que Polibio decía haber consultado en el archivo de los ediles, situado en el Templo de Júpiter⁵. Probablemente podrían sumarse otros documentos singulares de este tipo, cuyas referencias literarias hemos perdido, sin que por

3 Aunque las opiniones son variadas, cuando hablamos de los genéricos Tiempos Primitivos, nos referimos a los anteriores al año 300, o seríamos más precisos si pusiéramos el límite en el comienzo de la guerra contra Pirro, reservando el término Arcaico para el período cuyo límite final lo puso la publicación de las Doce Tablas.

4 DH I. 6. 1-3; Plut. *Rom.* 2; 13; 15; 22; Varro, *rust.* II.5.3 (fr.42); Cic. *Att.* VI.1.18; *Bruto*, 63 (fr.138); Plut. *Num.* 21/22; *Ca. Ma.* 22.4; Gell. VI.14.9; Cic. *off.* III. 111; Livio, *per.* 53; Str. V. 2. 3.

5 Sobre la valoración de este tipo de tratados, entre etruscos y cartagineses hubo convenios sobre las importaciones, acuerdos de no faltar a la justicia y pactos escritos de alianza, Arist. *Pol.* III. 9. 6-7.

ello para nosotros el panorama de desconocimiento general pueda ser modificado. A este bagaje, los historiadores añadieron algunos episodios novelados, en los que introdujeron personajes legendarios, discursos puestos en boca de los protagonistas de sus relatos, con los que transmitían enseñanzas variadas, mensajes ejemplarizantes y no poca ideología (Momigliano, 2006, 87; Drummond, 2008, 113; Brown, 1974-1975, 15 ss.; Holloway, 1996, 62 y 63. Ogilvie y Drummond, 2006, 20, 23-24)⁶. Todo este material fue procesado en los círculos intelectuales de finales de la República y comienzos del Principado, de modo que la imagen que las historias elaboradas transmitieron sobre la Roma más antigua, reflejaron igualmente la mentalidad e ideología de la sociedad en la que los analistas e historiadores vivieron (Wiseman, 1989, 133; Editor's Preface to the first edition, 2005, p. xvii; Letta, 1988, 66 y 69. Gabba, 2005, 119; Flower, 2010, 6)⁷.

EL PASADO DE LA CIUDAD, UNA TRADICIÓN CONSENSUADA?

M. Porcio Catón, cónsul del 195, en su tratado *Orígenes* analizó la información sobre los tiempos más antiguos de Roma y mantuvo una reflexión que dejó escasa huella en la analística posterior a su tiempo. Hablaba de los griegos de Italia, de Eneas, de Lavinio, Alba Longa y de la fundación de Roma y de los reyes, reconocía influencias griegas en algunas teorías políticas, la procedencia aquea de los aborígenes (fr.6), el latín como dialecto del griego, la fundación de Tibur por el arcadio Catilo y la sangre espartana de los sabinos (fr. 50; Gratwick, 1982, 150; Muñiz Coello, 2019, 280)⁸. El griego Polibio mani-

6 Plut. *Numa*, 21; Pol. III. 26.1; Cic. *Bruto*, XVI.62; *Balb.* 53; DH VI. 95; Livio, II.21.4; 33.3; VII.6.6; DH IV.26.5; 58.4; Festo, 48L; Pol. I.11.22; no toda la documentación anterior al 390 fue destruida o desapareció con el asalto galo a la Ciudad. Dionisio de Halicarnasos dice haber consultado los libros sagrados y secretos – *libri lintei*, en lino? – para conocer quienes tuvieron el poder consular en el 443, DH XI.62.3; Livio, IV.13.7; no hay evidencia documental para la Roma del siglo V; la *regia*, fuera del Capitolio, de hacia 620/580, no presentaba indicios de fuego a principios del s. IV, sino cincuenta años antes, entre 540/530, Sobre los *annales pontificum*, Catón el Viejo, *Orig.fr.*77P (= Gell, XI.28.6), Cic. *de orat.* II.52; Serv. *Aen.* I.375.

7 Serv. *ad aen.* I.373. Por ejemplo, tal y como la tradición literaria trata la ley agraria Licinia-Sextia, es inaceptable.

8 Cic. *rep.* II.1.3; 37; Nep. *Cato*, III.2. Plebeyos que, como Cicerón o Catón, no podían jactarse de un pasado patricio, igual que rechazaban las proezas individuales, consi-

festaba conocer la constitución romana, que definía como un espectáculo tan bello como desconocido, pues creía que quienes se ocuparon de documentarlo habían sido incapaces de darla a conocer por ser incompetentes o por hacerlo de manera confusa. Para este griego la perfección del régimen romano comenzaba a mediados del siglo V y culminaba en tiempos de Aníbal, una información que acaso ampliara en su libro VI, la llamada *archaeologia* de la Ciudad, que conocemos parcialmente (Levene, 2007, 255-268; Raaflaub, 2006, 134; el discurso de Polibio, Muñiz Coello, 2006, 145-166)⁹.

Ya antes en otro lugar analizamos lo que Cicerón sabía de los tiempos más antiguos de la Ciudad (Münzer, 1905, 50-101; Paladini, 1947, 329-344; Laurand, 1911, 5-36; Boyance, 1940, 388; Rambaud, 1953; J. Muñiz Coello, 2019, 262)¹⁰. Para el arpinate la historia de los reyes era oscura y de ella decía conocer poco más que los nombres. Por ello había que recurrir a la tradición, que incluía los pasajes de Numa y la ninfa Egeria, afirmaciones como que Rómulo era hijo de Marte, el pasaje sobre Attus Navus, la *civitas* romana a los sabinos, etc., asuntos que para él eran pura fábula, pero que al ser transmitidos de manera razonable y haber prestado un buen servicio a la comunidad, en reconocimiento de esto debían ser admitidos como reales, adjudicándoles una inteligencia divina. Posición que asimismo asumía Livio (Cornell, 2001, 44 y 52; Muñiz Coello, 2006, 145-166)¹¹.

Cicerón consideraba que la historia romana como actividad literaria era mediocre o deficiente, en comparación con la que hacían los griegos. Al ser un relato sin ornamento retórico, que se limitaba a exponer testimonios de tiempos, lugares

deraban irrelevante que los reyes de Roma no procedieran de la Ciudad; para Cicerón, sensible a estos temas de *status*, lo importante era su valía y sabiduría.

⁹ Pol. I.64.3/4; VI. 11.1. Griegos desde el siglo V como Eforo, Helánico de Lesbos, Jerónimo de Cardias, o Timeo, y romanos como Q. Fabio Pictor, L. Cincio, C. Acilio, Venonio, M. Porcio Catón, A. Postumio Albino, L. Casio Hemina, L. Calpurnio Pisón, C. Fannio o Cn. Gellio, Pol. I. 6. 3-8; I.14; 58; III. 8-9; VI.3.3; Cic. *Bruto*, 99-100; *Att.* XII.3.1.

¹⁰ Del Censor decía tener recopilados más de 150 discursos, Cic. *rep.* II.18.33: *Bruto*, 54, 58; 60; 65; 181; 211. Es más, algunos tratados como el *de senectute*, durante un tiempo se consideraron pura ficción, con relación a sus referencias históricas.

¹¹ Cic. *rep.* II. 4; 33; Pese a todo confiaba en los escritos de su coetáneo Varrón, Cic. *acad.* I.3.8, Livio, VII.6.6, leyenda del Lago Curcio. Cicerón y la Roma Arcaica.

y gestas, su valor era el que quisiéramos dar a las meras narraciones. Pues arte y ornamento eran los elementos que definían validez y calidad a la obra literaria. Muchos siguieron tal forma de escribir, sin ornamento alguno, como Pictor, Catón y Pisón, sólo *narratores* de cosas entre los nuestros, cuyo único mérito, al no dominar cuáles eran las cosas que ornamentaban el discurso, fue la brevedad, aunque de entre todos sobresalía con voz sonora un varón óptimo, íntimo de Craso, Celio Antipatro, un embellecedor de las cosas, o Ferécides, Helánico o Acusilao, - los tres del siglo V - entre los griegos. No hay hasta nuestros días ninguna historia sobre los romanos en griego que sea rigurosa, a no ser muy breves y sumarios epitomes, concluía el orador¹². Para Cicerón, la Ciudad solo existía como tal cuando sus habitantes se regían por las costumbres de los antepasados, tenía un senado, leyes basadas en el derecho natural, un derecho civil y se celebraban juicios. Pues una ciudad no era una junta de hombres fieros y bárbaros, aseguraba el de Arpino, cualquier multitud de fugitivos y ladrones, sin leyes ni juicios, en suma, un concurso de piratas. Cuando cambiaron su estado salvaje de vida en una forma apacible de vivir, de acuerdo con unas normas, entonces formaron estados, concentrando a las poblaciones en ciudades que protegieron con murallas¹³.

Salustio tenía un idea precisa de cómo habían sido los comienzos de la Ciudad. Admiraba la convivencia natural que había existido entre los habitantes de Roma, algo que explicaba por la concordia que regía las relaciones de aquellos primeros romanos. Para este historiador la desunión y el conflicto posterior no fueron causados por la multiplicidad étnica y cultural, sino por las diferencias internas respecto a la clase, el *status* y la riqueza, circunstancias que eran resultado del sistema social y político adoptado desde sus comienzos. De hecho, toda la información transmitida sobre los tiempos primitivos por la tradición, era explicada desde el modelo social discriminatorio y restringido vigente desde el siglo II a.C. con el avance de las conquistas, modelo acentuado a finales de la República, el tiempo en que los historiadores elaboraron sus relatos. Así, Salustio describía a los reyes, en cuanto extranjeros y expatriados, como *homines novi*, igual que más tarde haría Livio

¹² Cic. *de orat.* II.51/53; cf. *leg.* I.2.5; DH I.5.4.

¹³ Lactancio, *inst.* VI. 10. 13-15, 18; Cic. *rep.* I. 4.1; 6.13; 40; 41; *Sest.* 91; *parad.* 4.27, en referencia a la que propugnaba Catilina.

cuando escribía que suponían un tipo de nobleza distinta a la oligarquía de su propio tiempo. Mientras que Virgilio elogiaba los vínculos de la familia Julia con Julo, sobrenombre de Ascanio, el hijo de Eneas y Creúsa, remontando la nobleza de Octavio nada menos que a aquel troyano, los reyes imaginados por Salustio o Livio suponían una autoridad basada en el mérito – los servicios previos de Tulio –, una riqueza no tradicional – la de Tarquinio Prisco –, y ausencia de linajes de sangre ennoblecidos por el paso del tiempo o de las necesarias cunas nativas, pues eran de origen sabino, griego, latino o etrusco (Muñoz Coello, 2019, 264)¹⁴.

Creemos que la obra de Livio ofrece datos significativos sobre su conocimiento de los comienzos de la Ciudad. Esta cubría la historia de la Ciudad desde antes de la fundación hasta el propio Augusto, casi un milenio, en 142 libros. De ellos, casi los primeros cinco siglos eran tratados en sólo diez libros, y de ellos los 243 años de la monarquía en sólo uno, el primero, un 0.7% del total de la obra¹⁵. Sirvan estos datos para subrayar el nivel de conocimiento que el historiador tenía sobre los tiempos más antiguos. Al referirse a sucesos del siglo V vuelve a expresar sus dudas ahora sobre los cónsules y el orden y las fechas en que habían ocurrido los sucesos, por ser muy antiguos. Al comienzo de su libro VI Livio recapitulaba sobre la dificultad que le había supuesto escribir sobre el periodo histórico que acababa de dejar atrás, y que comprendía desde los orígenes al asalto de la Ciudad por los galos. Tras la salida de los éstos, año 390, el patavino anunciaba que lo que a continuación venía suponía más claridad y seguridad en la historia civil y militar de la Urbe. Pero este optimismo del autor, fruto de haber dejado atrás una etapa de penetración casi imposible, no se correspondió con el relato posterior ((Muñoz Coello, 2006, 145-166; 2018, 157-194; Brown, 1974-1975, 15 ss.; Holloway, 1996, 62 y 63; Drummond, 2008, 113; Flower, 2010, 41)¹⁶. Para sucesos ante-

rios al 300 Livio confesaba que no pocas veces le resultaba difícil establecer las fechas y sucesos, no sólo por la antigüedad de éstos sino también por la de los escritores que utilizaba como fuente y la escasa fiabilidad de las que habían conservado las familias. Así, era preferible atenerse a la tradición, *fama rerum*, que hubiera sobre cualquier asunto, aunque se tratara de una *fabula*, si ésta servía para realizar el suceso¹⁷.

Para Livio el pleno desarrollo de la monarquía fue garantía contra el acceso al poder de los menos capacitados. Imaginaba el patavino una República madura, con instituciones en perfecto funcionamiento desde sus comienzos, gracias al equilibrio y desarrollo que suponía el legado de los reyes. Pensaba que si Bruto hubiera adelantado el final de ese período a cualquiera de los otros reyes anteriores al segundo Tarquinio, la Ciudad habría quedado en manos de vagabundos, refugiados y marginados, enzarzados en pequeñas disputas y protegidos por el *asylum*, impidiendo que se alcanzara la medida necesaria para el futuro régimen de libertades (Cornell, 2001, 53; 2006, 418; Wiseman, 1989, 132; Snodgrass, 1971, 6 ss.; Ungern-Sternberg, 2011, 132; Muñoz Coello, 2019, 261)¹⁸.

De todo este material de noticias y datos los autores se quedaron con cuanto consideraron coherente y verosímil con sus propias impresiones, y a partir de la maduración de un cierto consen-

pues era tan lejano que apenas podía ser descrito con dificultad, como porque los registros de aquellos eventos eran raros y escasos, estaban en los archivos públicos y privados y en los *annales* de los pontífices, casi todos quemados en el asalto galo a la ciudad. De este segundo renacer desde sus raíces, la historia será más fiable”, afirmaba el patavino, VI.1.1-3, año 390; VIII.40. 3-5, año 322 a. de C.; Plut. *Numa*, 1.1-2; 21, año 322 a. de C.; sobre estos *elogia* de los funerales se extiende en el mismo sentido Cic. *Bruto*, XVI.62. Pero no toda la documentación anterior al 390 fue destruida o desapareció con el asalto galo a la Ciudad. Dionisio de Halicarnasos dice haber consultado los libros sagrados y secretos para conocer quienes tuvieron el poder consular en el 443, DH XI.62.3; Livio, IV.13.7; pero no hay evidencia documental para la Roma del siglo V, sobre la invasión gala, DS XIV.2.4; 113; 117.9; XV. 1.6. Los galos sénones tomaron Roma con excepción del Capitolio, *praeter Capitolium*, Gell. XVII.21.22.

17 Livio, II.21.4, 495 a. de C.; VII.6.6; VIII.40.3-4. Referidos al 370 y 321 a. de C.

18 Livio, II.1.3-6; XXXI.1.1-5. Hay semejanza en la actitud mostrada por los griegos ante su pasado inmediato, la Época Oscura, y los romanos del final de la república, hacia los siglos posteriores a la Monarquía.

14 Livio, I. 33. 6; IV. 3. 17; Verg. *Aen.* I. 267; 288; IV. 275; VI. 789-790; Sal. *Cat.* 6/9; Marc. I.3.1; Luc. *Fars.* VII.404-405; Sen. *cons. a Helvia*, 6, siglo I d.C. Ya antes, Julio César aludía a sus vínculos ancestrales de su familia con Venus, Suet. *Caes.* 6.

15 Tenemos del I al X, y del XXI al XLV, más resúmenes de varios y *epitomai* del resto. Respecto a la estructura de los libros, mientras que el libro I, con 60 capítulos, presenta un total de 452 apartados, el libro II, 65 caps., el III, 72 caps., 735 apartados, el IV, 61 caps. y el V, 55 caps.

16 (La historia desde la fundación a la captura de Roma por los galos) “era asunto obscuro tanto por su antigüedad,

so, se fue configurando el modelo que explicaba cómo, en qué tiempo y con qué duración se habían desarrollado los hechos que constituían la historia de los Tiempos Primitivos. El relato fundacional pudo estar plenamente desarrollado en las últimas décadas del siglo IV, poco antes de que los hermanos *Ogulni* – Q. y Cn. Ogulnio Galo – instalaran la primera escultura de la loba y los gemelos en un lugar público (Ogilvie, 2006, 23; Cornell, 2005, p. 52; 1986, 82; Raaflaub, 2006, 127; Holleman, 1987, 427-429). Con referencia a las fechas de la fundación, entre las opciones existentes – entre el 1100 y el 729 a. de C. –, se eligió aquella que fijaba la fundación en 753/1, al parecer propuesta por el polígrafo y anticuario M. Varrón, de finales de la República. Se estableció el mes concreto e incluso el día preciso, 21 de abril, disipando cualquier incertidumbre, para un tiempo caracterizado por la ausencia de evidencias. Asimismo, se fijaba en 244/3 años la duración de la monarquía, que en consecuencia finalizaba en 510, con la expulsión del último rey, regulando de manera exacta la duración de cada uno de los reinados, de la misma manera que se habían fijado los reinados de la dinastía albana (Momigliano, 2006, 83; 1993, 93; Celssaint-Hilaire, 1979, 103; Editor's Pref.ace to the first Edition, 2005, p. xvii; F. La Rosa, 2000, 181; Muñiz Coello, 2018, 147-170)¹⁹.

A continuación, *inde*, tras la salida de Roma del segundo Tarquinio, vino la República, nombrándose dos cónsules en los comicios por centurias, convocados por el prefecto de la Ciudad de acuerdos con las normas de Servio Tulio: Lucio Junio Bruto y Lucio Tarquinio Colatino – Bruto y Marco Horacio, en Polibio -. Naturalmente la aceptación de esta versión hoy es escasa, y hay tantas interpretaciones sobre cómo hubieran sido las cosas, como autores se han ocupado de ello. Coinciden los críticos en que o hay pocos reyes, o la duración del período monárquico es excesiva, de modo que la tendencia es a acortar éste último

19 Otras fechas de la fundación, Timeo, (813), Cincio Alimento (728), Polibio (750), Pictor (747), Catón y Eratóstenes (751), DH I. 74. 1-3. Y Varrón y Livio (753). Monarquía, 244 años, DH I.75.1-2. El 21 de abril del 753, según Plut. *Rom.* 12; duración de los reinados, Livio, I.21.6; 31.8; 35.1; 40.1; 48.8; 60.3, cuya extensión no se considera plausible. Para Livio, II. 1.2-3, todos los reyes fueron buenos menos el último, que fue un tirano y como tal, corrió la suerte de los tiranos, fue expulsado por Bruto, Livio II.1.2/3.

y a pensar en fechas más próximas para el comienzo de la monarquía ((La Rosa, 2000, 181)²⁰. La bibliografía es extensa, por lo que sólo damos algún ejemplo. En función de la datación de la Curia Hostilia hacia el 600, se rebaja a ciento cuarenta años la monarquía, a razón de unos veinte años de media por monarca, entre el 650 y el 510. Para otros, los inicios de la Ciudad coincidirían con la primera pavimentación rastreable del foro, lo que no fue anterior al 575, por lo que la monarquía sería aún más reciente y se prolongaría hasta el 470 o 450 (Forsythe, 2005, 99; Gjerstad, 1973; Poucet, 1985, 162; Martino, 1972, 219; Werner, 1963; Flower, 24)²¹.

Respecto de quiénes fueran esos primeros magistrados que la tradición posterior llamó cónsules, parece que hasta mediados del siglo V se nombraban de cuatro a diez magistrados, según las necesidades militares de cada campaña, que eran considerados *praetores* – los que marchan al frente, líderes –, e incluso pudo prolongarse hasta casi una centuria después, hasta el 366, cuando uno de esos *praetores* sumó a sus funciones militares las judiciales y el mando supremo se repartió entre dos al abrirse a los plebeyos. Fue a partir de entonces cuando pasaron a ser llamados cónsules, término cuya raíz iba referido a sus funciones civiles (Cornell, 2016, 95)²².

20 Los primeros magistrados, que las fuentes tradicionales llaman desde el principio, cónsules, fueron L. Junio Bruto y L. Tarquinio Colatino – Bruto y Marco Horacio, en Polibio -, Livio I.60.3/4. Para Dionisio el consulado no era más que una monarquía transformada, imagino por su enorme similitud y familiaridad con el sistema espartano, que se predicaba como una monarquía doble, DH IV.73.1/4.

21 Somos conscientes de que estos autores representan de alguna forma la tradición en la crítica, y que la bibliografía posterior es además de inabarcable, muy rica en sugerencias aunque pobre en certezas, algo lógico en un ámbito de estudios tan inseguro, en el que nos movemos y que no queremos ahora convertir en objeto de nuestro estudio. Los *fasti* anteriores fueron los de magistrados subordinados a los reyes, los *fasti* anteriores al 470 fueron falsificados por los pontífices del siglo III a.C. Se habla de un cuerpo de magistrados en número de 4, 6, 8 o diez – tribunos consulares y decenviros – desde su comienzo hasta el 366, cuando la ley consolidó el mando de dos cónsules.

22 *Praetor*, y después, *iudex*, Zon.VII.19; Livio, III.55.12; Gell. V.4.3, Harriet I. Flower, *Roman Republics*, Oxford & Princeton 2010, 24. No hubo mando colegiado de iguales poderes en Roma hasta el 367. Fue 22 años después de la captura de Roma por los galos, 389-22 = 367 a.C. cuando uno de los dos cónsules fue elegido entre los plebeyos.

GRIEGOS Y OTROS EXTRANJEROS EN LOS TIEMPOS MÁS ANTIGUOS

Todo el relato pre-fundacional era una epopeya sacada de una literatura de viajes, las singladuras de los *nostoi*, que en episodios singulares eran narradas siguiendo el modelo de fundaciones coloniales, documentadas en los textos y arqueología a partir del siglo VIII. Los viajeros llegados desde la Hélade y Jonia, elegían los lugares idóneos para su asentamiento, habitualmente en sitios bien defendidos y destacados sobre el terreno, o en islotes próximos a la costa, y estaban guiados por líderes bien caracterizados - Enotrio, Pelasgo, Evandro, Eneas, verdaderos *oikistai* -, nombrados a veces como reyes, y tenían éxito en la medida de la buena o mala acogida dispensada por los nativos de aquellas regiones.

La ciudad de Roma, según escribía Salustio, la fundaron y la poseyeron al principio los troyanos, que erraban fugitivos sin sede cierta al mando de Eneas, y con ellos los aborígenes, raza agreste de hombres sin leyes, sin jerarquía, libre y sin trabas. Una vez que estos pueblos se juntaron dentro de las mismas murallas, con ser de desigual origen y lengua y vivir cada cual con sus costumbres, resultaba increíble al contarlo lo fácilmente que se fusionaron. En poco tiempo la multitud heterogénea y vagabunda quedó convertida por la concordia en una sociedad organizada. Los fundadores de Roma fueron por tanto, griegos, y no pequeños ni insignificantes, que se fusionaron con pueblos sin linajes. De los griegos los más antiguos fueron los arcadios, que llegaron a Italia guiados por Enotrio, hijo de Lycaón, mucho antes de la Guerra de Troya. Una vez aquí asentados se mezclaron con los autóctonos y pasaron a ser llamados *aberrigenes* - de *aberrare*, andar errante -, vagabundos sin tierra ni patria, sinónimo de *léleges*, pueblos prehelenicos muy antiguos que habitaron Anatolia y algunas islas del Egeo, que se consideraban autóctonos cuando llegaron los jonios o dorios. *Aberrigenes* o *leleges* eran gentes mezcladas e igualmente sin residencia conocida. No olvidemos que de Eneas, el ancestro del fundador de Roma, como es bien sabido, se pensaba que era un fugitivo de su patria sometida, que con unos pocos despojos, temor al vencedor y gran necesidad llegó a Italia, en su busca de tierras lejanas. Este fue el pueblo que vivía en las tierras que tomó tras vencer a sus enemigos. La posición de Salustio era por tanto, conciliadora de ambas explicaciones, la griega heroica y la de gentes errantes

y sin fama. De esta manera, vemos como el relato pre-fundacional de héroes griegos se apropia del relato de una Ciudad poblada por gentes errantes y de baja extracción, y lo “heleniza” y en la medida de lo posible, lo “dignifica” al identificar a los errantes y apátridas, con el núcleo original de los inmigrantes griegos (Ogilvie, 1965, 46)²³.

Dionisio de Halicarnaso asume la confrontación de ambas versiones y aboga por la griega, para él la única cierta, frente a la otra, que sólo apoyaban quienes servían a los enemigos de la Ciudad. Aseguraba que Roma era una ciudad griega y no un refugio de barbaros, fugitivos y vagabundos, como algunos decían, mostrando que era ciudad hospitalaria y amigable. Admitía el griego que durante la monarquía Roma estuvo poblada por una turba de pastores y aventureros, huidos de su patria, pero antes de ellos hubo aquí además enotrios, arcadios, pelasgos (argivos), peloponesios y troyanos. Así que no se podría encontrar un pueblo tan antiguo ni tan griego. La fusión con los barbaros fue por tanto posterior. Y Roma no se barbarizó pese a recibir a ópicos, marsios, samnitas, tirrenos, brucianos, miles de umbros, ligures, celtas y otros muchos pueblos además de los citados, procedentes de la misma Italia, o llegados de otros lugares, que no tenían la misma lengua ni costumbres; por lo que era natural que sus formas de vida fuertemente sacudidas y perturbadas por tal discordancia produjeran muchas innovaciones en el antiguo orden de la ciudad (Muñiz Coello, 2019, 275; Martínez Pinna, 1999, 97 y 115; Carandini, 1997, 88, 143, n.11; Briquel, 1984; Poucet, 1985, 130)²⁴.

Por los mismos años en que Dionisio afirmaba esto, el poeta Ovidio, nativo de los Abruzos, afirmaba los orígenes humildes y poco envidiables del pueblo romano, con una historia arcaica nada brillante. Para el poeta los fundadores de Roma fueron vagabundos, bárbaros que no eran libres y vivían de la rapiña y el pastoreo, aquellos *aberrigenes* o *léleges*, nombre que se da a gentes mezcladas, sin hogar, que no habitan ninguna tierra fija, sin patria, y su actual supremacía se debía al azar, a la Fortuna, que concedía sus favores a los más indignos. Esta versión, según Dionisio de Halicarnaso, en

23 Sal. *Cat.* VI. 1-2. En realidad, todos los relatos conservados dan un origen griego a Roma. Sen, *Cons. Hel.* VII.7.

24 Livio II.1.4; DH I. 89.1-3, Roma, ciudad griega. Todas estas leyendas muestran en cierta medida las relaciones inmemoriales entre la Grecia de los tiempos de Troya y la Italia del Bronce. En Just. *epit.* II.55.3, la generación es de treinta años.

realidad respondía a la propia envidia que el pasado de Roma provocaba y sólo buscaba difamar asignándola un origen innoble, para complacer con sus relatos falsos e injustos a reyes bárbaros que odiaban la hegemonía de Roma, a los que con ellos adularon y sirvieron. Llegaban a afirmar que los patricios eran llamados así porque eran los únicos que podían señalar a sus padres, ya que el resto de la población era fugitiva y no podían llamar libres a sus padres²⁵.

La fusión entre extranjeros y nativos – aborígenes – era preludio del espíritu que iba a distinguir a la futura Ciudad, cuya grandeza, aseguraba el mensaje tradicional, era el resultado de la convivencia de sus diversas gentes. Aquellos líderes primitivos entroncaban con los descendientes de los héroes vinculados a Troya y a distintas regiones de la Hélade, y la sensación de autenticidad y veracidad de estos vínculos, el historiador la creía asegurada con la minuciosa y a veces hasta prolija singularización de personajes, pueblos y lugares. Había en los herederos de esta tradición, los analistas de la República, un consenso en el deseo de confirmar la helenicidad de los fundadores, de considerar como propia esta versión griega, que había encontrado la fórmula para involucrar a errantes y gentes sin distinción en el mismo relato pre-fundacional, que así era transmitida por la historiografía augústea y de tiempos posteriores²⁶.

Roma, como ciudad fruto de la feliz convivencia de pueblos y culturas diferentes, era un argumento consolidado y transmitido por la analística a finales de la República. Si en este tiempo la Ciudad, con relación al resto de los pueblos, había alcanzado el apogeo de su grandeza y podía jactarse además de ser la más grande del mundo conocido, era así porque – además de las reflexiones de Polibio en su libro VI sobre las causas de su dominio – ya desde los primeros tiempos los reyes se habían preocupado

25 DH I. 4. 1-4; 10.2; II.8.3; Ovidio, *fast*, III. 431 ss.

26 En el senado del emperador Claudio, nobles como Q. Marcio Barea Sorano, cónsul designado para el 52 d.C. – sólo unos meses – o P. Cornelio Escipión, estaban bien familiarizados con los relatos que mencionaban a los griegos en los albores de la Ciudad. Este Escipión ironiza con una peregrina pretensión de Barea de ganarse el apoyo del sin duda poderoso Palante, el liberto de Claudio, cuando aquel pide el cargo de pretor y quince millones de sestercios para el griego, al que aquel hace descendiente de los reyes de Arcadia. Escipión muestra sorna cuando alude a la degradación sufrida por Palas, que de descendiente de un rey como el mítico Évandro ahora ocupa una modesta secretaría desde la que sirve al príncipe, Tac. *Ann.*XII.53.2.

por aumentar la población de aquella primera villa de Rómulo. Hubo generosidad hacia los extranjeros bienhechores, a los que se les daba la ciudadanía y bienes importantes, y se deportó a muchos de los vencidos en las guerras a territorios dentro del *ager romanus*, donde eran instalados. Según la tradición, Roma no despreciaba a nadie si podía representar un bien para la comunidad, y premiaba a sus colaboradores extranjeros con dinero, ciudadanías y tierras donde asentarse. Este era el modo en que se describía a los romanos de los primeros tiempos, portadores de un subrayado talante hospitalario, que predisponía a la recepción de cuantos forasteros llegasen a sus puertas y mostrasen interés de permanencia, sin reparar en su extracción social, origen étnico o situación jurídica con relación a sus lugares de procedencia. Para los tiempos de la segunda analística, siglo I a. de C., la Ciudad Primitiva se ofrecía como un sólido referente moral, como ciudad hospitalaria y accesible sin restricciones hacia el foráneo. Todo ello era lo que había hecho grande a la Ciudad en los tiempos de Augusto, la más poderosa del mundo conocido, inspirada por los *mores maiorum* de los tiempos pasados (Muñiz Coello, 2019, 269)²⁷.

MÁS POBLACIÓN PARA LA GUERRA

Al hablar de la victoria de Roma sobre los volscos y ecuos, año 385, Livio hace una digresión y se pregunta de dónde sacarían esos pueblos tantos soldados, pese a que eran continuamente derrotados. Afloraba en el historiador su preocupación por los recursos humanos, reflejo de las angustias militares que en los últimos tiempos había pasado la República. Por su parte, Dionisio de Halicarnaso describía por boca del rey Tulio, el carácter abierto y hospitalario de la Roma de su tiempo, el de Augusto, pero también daba claves del interés atribuido a los primitivos romanos por incrementar la población de la ciudad a cualquier precio. Decía el griego que un estado que aspirara

27 Los que denunciaron la conjura de los hermanos Publio y Marco Tarquinio de Laurento, y el latino Octavio Mamilio, recibieron del senado la ciudadanía romana, diez mil dracmas de plata y 20 pletros – 200.000 pies cuadrados – de *ager publicus* cada uno; el rey Tulio distribuyó a los libertos extranjeros que no deseaban regresar a sus patrias de origen, entre las cuatro regiones de la Ciudad, hizo la distinción para quienes siendo libertos no quisieran regresar a su patria, DH I.9.4; IV. 22.3-4; V. 57.3. La *civitas* no incluía el *ius conubi*, según Str. V. 3. 2.

a la supremacía y a las mayores empresas debía tener una población numerosa para poder afrontar cualquier guerra sin necesidad de arruinarse pagando tropas mercenarias. De ahí que si Roma con Augusto era la dueña del mundo, esto solo podía haber sido fruto de una trayectoria seguida desde los primeros momentos, que hacía primordial incrementar la población, hasta llegar a las magnitudes demográficas de la ciudad en la que el historiador vivía, cercana al millón de habitantes. En opinión de este griego, se pudo llegar a ese nivel de población gracias a la prohibición del infanticidio, salvo en casos de defectos congénitos, a la acogida de cualquier fugitivo, a dar *civitas* y tierra, a no haber ejecutado a los prisioneros y a haber convertido en colonias de Roma a las ciudades vecinas. Naturalmente, el historiador no discriminaba entre habitantes, población en general, y nuevos ciudadanos (Poucet, 1985, 209)²⁸.

En un discurso del legado albano Fufecio, dirigido al rey Tulo Hostilio, aquel acusaba a éste de haber destruido la pureza de su sistema político al admitir a tirrenos, sabinos y algunos otros vagabundos y gente errante, y a tan gran número de extranjeros que el elemento genuino se limitaba al que partió de los albanos, o sea a una mínima parte dentro de los foráneos y gente de otra raza. De modo que estando así las cosas, si éstos les cedieran el mando, gobernaría el elemento bastardo sobre el legítimo, el extranjero sobre el griego y los emigrantes sobre los autóctonos. “Y no sólo habéis dado autoridad en los asuntos públicos a multitud de extranjeros”, decía el albano, “sino que también elegís reyes extranjeros y la mayoría de vuestros senadores son advenedizos, lo cual quizá afirmareis que subsiste contra vuestra voluntad”. La respuesta de Tulo fue que el poder procede de las armas y éstas necesitan muchos ciudadanos²⁹. En efecto, estos reyes – los anterior-

res a Servio Tulio –, según la tradición, acogían a los extranjeros y les concedían igualdad de derechos políticos sin hacer consideración alguna sobre su nacimiento o condición, de modo que hicieron la ciudad muy populosa. Tulio, en cambio, permitió que los libertos, si no deseaban volver a su patria, gozaran de los mismos derechos de los *cives*, sometiéndose a la tasación como los demás ciudadanos libres. Los distribuyó entre las cuatro tribus urbanas en las que han continuado hasta nuestros días, y les concedió todos los privilegios comunes al resto de los plebeyos³⁰.

Para el geógrafo Estrabón Roma no contó desde su origen con población suficiente, de ahí su política continuada de incorporación de nuevas gentes. Contemplando la Roma de su tiempo a Livio le era fácil deducir que buena parte de su fuerza venía dada por su tamaño, por el poder y supremacía que le otorgaba su alto número de habitantes. A partir de ahí, si además se contaba con el favor de los dioses, no había obstáculos para adquirir un gran poderío y renombre. Con tal creencia, que era compartida por buena parte de los intelectuales de finales del siglo I a. C., la formación de una ciudad del tamaño y habitantes de la Roma de ese siglo, había sido posible porque tales cimientos fueron echados desde sus comienzos³¹.

30 DH IV. 22. 3-4.

31 Str. V.3.2/4; DH IV. 23.4; Livio, *praef.* 4; I.9.3. Rómulo tuvo en cuenta la sobreabundante población del Alba y el Lacio, que se añadía a la de los pastores. El fundador dio tierras a los veyenses que quisieron asentarse a orillas del Tíber, convirtiéndolos en ciudadanos e inscribiéndoles en las curias. A los ceninetes sabinos, recién sometidos, les exigió que derribasen sus casas y le siguiese a Roma, “donde serían ciudadanos con entera igualdad de derechos. Nada hubo, pues, que más contribuyese al aumento de Roma, la cual siempre adoptó e incorporó en su seno a los pueblos sojuzgados”. Esto se repite con los sabinos del rey Tacio, gobernando ambos reyes al mismo tiempo una ciudad de población duplicada, y con otras villas como Fidenas, Crustumno y Antenas. En Cameria, Rómulo traslada a Roma a la mitad de sus habitantes, al tiempo que la repuebla con un número de colonos doble a los supervivientes que habían permanecido en la villa. A veces se elude la motivación militar y se explica la incorporación de nuevos contingentes de población a Roma como efecto que la grandeza y fama de la Ciudad, clemente con los vencidos y generosa con el forastero, ejercía sobre los pueblos vecinos. Livio, I.6.3. Plut. *Rom.* 16; 17; 19-20; 23; 24; DH. II.36.2; 46.2; 50.5; 55. 6. Los reyes añadían barrios a Roma para alojar a la población que llegaba, Livio, II.1.2. Otros hitos cruciales en el aumento de la población fueron el rapto de las sabinas, que duplicó la población de la Ciudad y la destrucción de Alba Longa, ya

28 Livio, VI.12.2; DH II. 15.3/4; IV. 23.4; VI. 51.1, de ese modo se pasó de tres mil infantes y menos de 300 jinetes, en el momento de la fundación, a los 46.000 infantes y tres mil jinetes, a la muerte de Rómulo, 16.3. Esta se da porque al escritor clásico le es difícil imaginar un pasado con elementos religiosos, políticos o sociales diferente a los de su propio momento. De ahí, se recurre al anacronismo como instrumento conciliatorio de esas dos realidades, la del autor y la del pasado antiguo sobre el que escribe.

29 DH III.10. 4-5; 11. 4 y 6; IV.23. 4. Dionisio aporta como ejemplo negativo el de Atenas, en un ejercicio de puro anacronismo, pues habla de una Atenas doblegada que poco tenía que ver con la de los tiempos de Hostilio.

El relato tradicional indica que los romanos ocuparon el Palatino, los sabinos el Capitolio y los albanos el Celio. A partir de ahí, recibieron tierras en el territorio romano los veyenses, los ceninetes, los sabinos del rey Tacio, los de Fidenas, Crustumino y Antenas. La mitad de los camerinos, Politorio - acaso Casale di Decima -, Telenas, Ficana y Medulia. Tras la toma de ésta última, Anco Marcio asentó entre el Palatino y el Aventino, junto al templo de Murcia, a fin de unir ambas colinas, a muchos miles de latinos, a los que dio ciudadanía, pues este monarca alternó servidumbre con traslado a Roma de las poblaciones que sometía. Y la densidad de población llegó a ser tan alta, indicaba Livio, que tuvo que construirse una cárcel, pues ya resultaba difícil distinguir los actos buenos de los malos. De Lucumón, el futuro rey L. Tarquinio Prisco, se decía que cuando estaba en Tarquinia, oyó que la ciudad de Roma aceptaba con agrado a todos los extranjeros, lo que favoreció su propio traslado a la misma. Años más tarde, cuando hacia el 390 los galos se retiraron de la Ciudad, el senado se planteó la merma demográfica que la invasión había supuesto, pues muchos ciudadanos habían huido a Veyes, ciudad bien conservada y medio vacía tras ser conquistada seis años antes, a apenas treinta kilómetros de Roma. Roma no podía aceptar esta pérdida, por lo que se decretó un plazo para el retorno y penas de muerte a los incumplidores, al tiempo que ofrecían tierras a los veyentes, capenates y faliscos para que se asentaran en la Ciudad (Poucet, 1985, 122)³².

que su población fue trasladada a Roma, Livio, I.13.4; 28.7; 29.1; Plut. *Rom.* 16; Agust. *CD* III.14.15, aunque una parte de Alba fue asentada en Capua, según Livio XXVI. 13.16; DH III. 29. 6; cf. III.31.2; III.37.4; 38.2-3; IV. 22.4; 23.4; Livio, I.33.1; 2; 5; 8. Aún a principios del siglo IV, con la expulsión de los galos aún recientes, año 387 a.C., Veientes, capenates y faliscos fueron admitidos en la Ciudad, huidos como estaban por las recientes guerras, y se les dio tierras para que se asentaran, Livio, VI. 4.4.

³² Zon. VII. 7. 2. Livio, I. 33. 2-4; DH III.37.4; 38.2/3; 47.2. En el Palatino se asentaron los primeros romanos, los sabinos en el Capitolio, los albanos en la Celia, y el Aventino a los recién llegados, los prisioneros de Politorio, Fidenas, Ficana y Medulia. Livio, I.33.1-2; Plut. *Rom.* 9; No hay enterramientos en Castel di Decima entre el 600/400; DH. II.36.2; 46.2; 50.5; 55. 6; III.29.6; 31.2; 37.4; 38.2-3; IV. 22.4; 23.4; Livio, I.6.3; 13.4; 28.7; 29.1; con la conquista de Alba, Roma. dobló el número de sus ciudadanos, 30.1; 33.1; 2; 5; 8; II.1.2; VI.4.4-6; XXVI.13.16; Plut. *Rom.* 16; 17; 19-20; 23; 24; Agust. *CD* III.14.15.

ASYLUM Y HOSPITALIDAD, OPCIONES DE LA ROMA ACOGEDORA

Reinaba Tiberio, año 22 d. C., y las ciudades griegas seguían manteniendo una antigua institución como eran los lugares de asilo, que daban protección e inmunidad a cuantos se acogían a ellos. Esto se traducía, desde la óptica de la administración romana, en la flagrante impunidad de cuantos abarrotaban los templos, una masa de esclavos huidos, deudores y sospechosos de delitos capitales, de manera que nada podía hacerse para reprimir los crímenes de gentes que eran protegidos como si se tratara de culto a los dioses. En consecuencia, el emperador ordenó que las ciudades enviaran embajadores con los títulos de derecho a mantener esos asilos. Algunas abandonaron por las buenas lo que no era más que una práctica abusiva, pero otras muchas siguieron confiando en antiguas supersticiones o en sus méritos respecto del pueblo romano³³.

Las mismas colonias griegas ejercían de *asylum* en cuanto admitían fugitivos de otras colonias y metrópolis. Cualquier extranjero que huyese de la justicia de su patria podía invocar la protección de un dios determinado en una ciudad griega, entrando en el recinto o santuario consagrado al citado dios, donde gozaba de la condición de inmune. La villa de Delio, a cuatro millas frente a Eubea, albergaba un santuario dedicado a Apolo, que tenía un bosque sagrado y lugares protegidos por su carácter religioso y con el derecho de asilo de los griegos. Para Livio, el *asylum* solo sirvió para acoger a una población de vagabundos, refugiados y marginados, que hubieran acabado tomando el poder si Bruto, en vez de dejar gobernar al último rey, hubiese acabado con el régimen mucho antes, impidiendo que el régimen posterior se beneficiase de la madurez del régimen monárquico, como ya antes dijimos (Cornell, 2001, 53)³⁴.

Desde Augusto no se contemplaba la posibilidad de que un esclavo alcanzara la ciudadanía romana, según se aseguraba que en otro tiempo había ocurrido a los que se acogían al *asylum* que Rómulo también había creado, según aseguraba el relato historiográfico, y la disposición entre los antiguos amos, nobles y plebeyos acaudalados era adverso a conceder *civitas* a sus propios libertos. Esta posición extendida en la élite, no coincidía siempre con la oficial, y a veces se utilizaba el pasado como ejemplo para intentar corregir tales conductas. Por

³³ Tac. *ann.* III.60

³⁴ Livio, II.1.3-6; XXXV. 51. 1-3. 192 a. de C.

boca del rey Tulio, Dionisio de Halicarnaso explicaba a los patronos del siglo VI, en realidad a los del tiempo de Augusto, las desventajas de su posición negativa a dar ciudadanía a los libertos y las ventajas de hacerlo. Ese pasado recreado se ponía al servicio de los intereses del momento, para influir en el estado de opinión de la nobleza del siglo I a.C., sobre este asunto³⁵.

Los historiadores augústeos que recrearon la Roma de los tiempos más antiguos, fueron conscientes del doble relato que definía a la Ciudad: el de unos orígenes embellecidos e idealizados, y el de un pasado oscuro y sin brillo, *ab exiguis initiis* de Livio, con protagonistas ajenos al mundo de dioses y héroes. Para fundir de forma natural estas dos “realidades”, la Roma hospitalaria y de acogida nace desde los mismos comienzos de la leyenda. Para incrementar la población se atribuía a Rómulo la decisión de acoger a cuantos transeúntes y fugitivos llegaban huyendo de sus patrias por cualquier motivo, como mostraba la tradición para las ciudades griegas, y al no existir espacio alguno para esa función, el rey se vio obligado a delimitar una zona donde pudiera dar asilo a cuantos fueran llegando. Se eligió un paraje abierto situado *inter duos lucos*, “entre las dos arboledas o bosques”, explanada que se extendía desde el pico del Capitolio hasta la Ciudadela (*arx*) de esa misma colina, ampliándose por las marismas que unían al resto de los montes. Aquel *templum*, en su significado literal, sería lugar de refugio o *asylum*, para quien lo solicitara, y estaba preservado de sufrir daño de sus enemigos, llegando a ofrecérseles tierras si la estancia iba a ser permanente. Y añadía la tradición que afluyeron a la Ciudad gentes de todas las partes que huían de sus desgracias, como esclavos fugitivos, a los que el asilo permitía no volver con sus dueños, deudores arruinados, a los que se daba protección frente a sus acreedores, e incluso homicidas que eludían las condenas de sus lugares de procedencia. A todos ellos acogía la Ciudad y aseguraba su impunidad para que se establecieran en ella. Así descrito, no era de extrañar que alguien respetuoso de las instituciones como Tácito considerara esta ancestral costumbre como deplorable ((Poucet, 1985, 193; Dench, 2005; Briquel, 1994, 209-222; Salmon, 1936, 47-67; Gabba, 1960, 224; Cornell, 2001, 51; Muñoz Coello, 2019, 266; Poucet, 1985, 193; Graham, 2008, 83-162.)³⁶.

35 DH IV.22.3-23.1-7.

36 Anquises, padre de Eneas, pastor de bueyes, Hom. *Il.* V.312; Ovidio, *fast.* III. 431 ss, cf. Cic. *Balb.* 31; Tac. *Hist.* III.71.5; Vell.I.8.5-6; Str. V.3.2; Plut. *Rom.* 9; DH.

A principios del siglo IV el dictador Camilo, tras la salida de los galos de Roma, se refería a los primeros habitantes de Roma como pastores y extranjeros de aluvión, que en poco tiempo levantaron una ciudad nueva donde antes no había más que bosques y marismas. Se refería a latinos, sabinos y gentes de otros lugares que se asentaron en los espacios entre colinas, siguiendo la tradición inicial que hablaba de un *asylum*, pero probablemente también de cuantos de entonces llegaron y se fueron asentando en el llano a medida que iban desecando y saneando la marisma. Camilo reprochaba a quienes tras la destrucción de Roma por los galos se fueron a vivir a Veyes, permitiendo que fuesen advenedizos y forasteros quienes habitaran la Ciudad. Ésta segunda refundación, como interpretaba el clásico, establecía el contraste entre una Roma de población mezclada y de orígenes diversos, con la Ciudad que el relato tradicional conectaba con la llegada a suelo itálico de una pléyades de héroes griegos³⁷.

EXTRANJEROS EN LA CIUDAD. DEL HASTÍO A LA XENOFOBIA

La imagen transmitida de una Roma acogedora y abiertamente hospitalaria se adjudicó a la Ciudad de los primeros tiempos. Una Roma mixta e híbrida de razas y lenguas de otro tiempo, explicaba la abigarrada Roma en la que los

II.15.4; Livio, I.8.6; *obscura et humilis multitudo*, Livio, I.8.4-6; Plut. *Rom.* 20. Vitruv. IV.8.4. Vell. I. 8. 5-6. Supuestamente fue Evandro quien enseñó a Eneas el espacioso bosque donde el valeroso Rómulo abrió un *asylum*, Verg. *aen.* VIII.342. La institución del *asylum* como una realidad griega, De hecho, una de las tres tribus primitivas de acuerdo con el relato tradicional, era la de los *luceres*, para algunos un término conectado con *lucus*, bosque, selva, de modo que se confirmaba la presencia de marginados y gente oscura desde los momentos iniciales, Eutrop. I.2; Sal. *hist.* I. 55. 5. Sobre las decisiones de Rómulo acerca del estado no eran más que propaganda sobre la figura de Sila. A fines de la República, los principales problemas seguían siendo las deudas, los repartos de tierras, la excesiva manumisión de esclavos - *leges Fufia Caninia, Aelia Sentia* -, el coste de los repartos de trigo con una *plebs* frumentaria de 250.000 beneficiarios, y la misma magnitud de la *plebs* urbana, cifrada en unos 320.000. Con Tiberio, se alzaban quejas de que los *asyla* sólo eran refugio de maleantes, que aprovechaban su impunidad para calumniar y ofender a los ciudadanos honrados, Tac. *ann.* III.60; Livio V.53.9. Hubo *asyla* en Cos, Cirene, Efeso y Naucratis, entre otras ciudades; *obscura et humilis multitudo*, Livio, I.8.4-6; Tulo Hostilio acoge a sabinos fugitivos en el *asylum*, DH III.32.2; II.15.4.

37 Livio V.53.9; VI.4.5/6; Plut. *Cam.* 31.

historiadores elaboraban sus narraciones. Pero algunas noticias evidencian que esta imagen no tuvo continuidad en los tiempos posteriores a Livio y Dionisio de Halicarnasos. Veamos algunos datos de cómo evolucionó aquella imagen. A comienzos del siglo II a.C. Roma comenzaba a transformar su imagen de ciudad de campesinos y propietarios absentistas, en la medida en que empezaba a recibir los primeros contingentes humanos de las naciones que sometía, por lo que su rechazo al extraño seguía manifestándose en un entorno más próximo, como podía ser el de los latinos, sus aliados más afines y próximos. Ya en el 195 a. de C., el senado negó la *civitas*, que hasta entonces era automática, a los latinos que se instalaron en las colonias de Puteolos, Buxento y Salerno. En 187 los censores C. Claudio y M. Livio obligaron a doce mil latinos que se habían venido asentando en Roma desde el 204, a regresar a sus ciudades de origen, tras las quejas de sus ciudades ante el senado de Roma, y porque por entonces el número de inmigrantes ya comenzaba a representar una carga para la ciudad. Diez años más tarde los latinos volvieron a presentar la misma queja sobre los que habían abandonado sus ciudades para instalarse en Roma, y el senado volvió a obligar su regreso a quienes lo habían hecho durante los últimos doce años. Por último, ese mismo año en los triunfos sobre Liguria e Histria, el donativo dado a los aliados latinos del ejército fue la mitad del repartido entre los *cives romani*. Una imagen bien distinta a la transmitida para los primeros tiempos de la Ciudad³⁸.

Desde la visión nacionalista y hostil a lo foráneo, el panorama fue cambiando a lo largo de toda aquella centuria, en la medida en que Roma se fue llenando de orientales, africanos y griegos. Su presencia en todos los ámbitos de la vida ciudadana, motivó reacciones contrapuestas, en parte por la fascinación y entusiasmo con que una parte de la nobleza romana acogió el legado cultural griego, y por otra y como suele ocurrir, con el tiempo el hartazgo y el recelo derivado de ello. Este cansancio ante lo exótico fue evolucionando hasta finales de la República al consolidar una actitud fuertemente crítica, que sin dejar de

admirar las aportaciones intelectuales y artísticas que llegaban de aquellas tierras, no se cohibía en mostrar el fastidio que en ocasiones la “invasión” de lo helénico en la vida cotidiana provocaba. Catón el Censor, que mantenía con orgullo no disimulado la defensa de las esencias patrias, decía que las palabras de los griegos salían de sus labios, mientras que las de los romanos, provenían del corazón. En su tiempo este sentimiento xenóforo era común al pueblo llano, como nos muestra la comedia, que, sin menoscabo de nutrir sus obras con los argumentos griegos, se hostigaba al griego adjudicándole vicios como la audacia, la falta de escrúpulos, su propensión a la adulación y su natural inclinación a todos los placeres sensuales. Este modo de sentir, que se extendía igualmente a otras culturas y usos, no disimulaba sus manifestaciones más xenóforas, como vemos en cierta sesión de trámite del senado que narra Cicerón para el año 54 a. de C., y se consolidó a lo largo del primer siglo del Principado (Gruen, 2006, 467)³⁹.

El mensaje de Salustio, más abierto y tolerante, contrastaba con las actitudes xenóforas hacia los extranjeros que se generaban en todos los ámbitos de la ciudad. Ya hemos dicho que la Roma de Augusto albergaba cerca del millón de habitantes (Beloch, I 886, 392-412; 1903, 489-490; Packer, 1967, 80-95; Frank, 1940, 218; Carcopino, 1940, 16-20; I, 250,000, Oates, 1934, 101-116; Rowell, 1962, 102-106), una buena parte de procedencias, razas, culturas y lenguas diversas. Roma ya no está habitada por sus tradicionales ciudadanos sino por la hez del mundo, afirmaba el poeta Lucano, algo después. ¿Qué pueblo hay tan apartado, qué gente hay tan bárbara, César, de la que no haya una muestra en tu ciudad?, se preguntaba Marcial, cuando ya gobernaban los Flavios. Observa esta multitud de gente, escribía Séneca, para la que apenas son suficientes las casas de la ciudad inmensa: la mayor parte de esta turba no tiene patria. Observa las calles, estrechas y abigarradas de gente ocupada en sus quehaceres, ataviadas y

39 Plaut. *most.* I.1; *poen.* 111-112; 975-98, 1009-1022, 1032-4; 1298, 1303, 1317-18; Terenc. *eun.* 247 ss., el autor era africano, y quizás de raza negra; Marc. XII.82. “No hay que intimar con los griegos, salvo con muy pocos, si es que queda alguno digno de la vieja Grecia: la mayoría de ellas son mentirosos, frívolos y por estar tanto tiempo ya sometidos, expertos en adular en exceso ... no son de fiar”, Cic. *QF* I.1.16; II.10.2-3; Plut. *Cat. Ma.* 12.5.

38 Livio, XXXIV.42.6, 195 a. de C.; *Iam tum multitudine alienigenarum urbem onerante*, Livio, XXXIX.3.4-6; Livio, XLI.9.9-10; 13.8; DH VIII.68-76.

desenvolviéndose según sus costumbres, ritos y creencias. No encontrarás una tierra que todavía la habiten sus nativos, todo está revuelto y mezclado, muchos galos y celtas. Esta era la ciudad en la que Dionisio de Halicarnaso y Livio escribieron sus historias y experimentaban sus vivencias cotidianas. Un hartazgo hacia esta mezcolanza que la conciencia de una pluralidad de gentes desde los orígenes no mitigaba⁴⁰.

Con ironía advertía Horacio que la conquistada Grecia, había triunfado sobre el fiero conquistador e introducido las artes en el Lacio agreste. Cicerón admitía que había entre los griegos muchos hombres honrados y dignos, que dominaban la literatura y otras artes, que tenían un lenguaje no sin cierta gracia, un ingenio agudo, exuberancia en el decir y otras cualidades. Aunque superiores a los romanos en el arte de hablar, algunos, como el orador Porcio Latrón, no sólo los despreciaban sino que los ignoraba. Pero, añadía después, no eran escrupulosos ni leales, y sobre todo, eran falaces. El arpinate contraponía la *levitas* del carácter helénico con la *gravitas* romana y se refería a Menedemo, un macedonio que abrazó la causa de César en el 48, por lo que recibió la ciudadanía romana, como ese “grieguecillo despreciable”. Los griegos eran irreflexivos, falsos, asustadizos, inestables, pusilánimes, todo lo cual les hacía despreciables desde un punto de vista institucional. Incapaces de gobernar un Imperio, pues perdieron su libertad a causa de su indolencia, como los sirios, los de Asia además eran gentes de Ínfima categoría, nacidas para la esclavitud⁴¹.

Se manejaban estereotipos como aquel de que la mejor manera de mejorar a un frigio era azotándole, o insultar a uno comparándole con el peor de los misios. Que los sirios y los supersticiosos judíos eran pueblos nacidos para ser esclavos o como se decía de los carios, que sólo servían para experimentar con ellos, categoría que Livio extendía a todos los griegos de Asia. Los capadocios pasaban por ser la expresión de la estupidez, la rudeza y la brutalidad. Pero eran los falsos y pérfidos fenicios y púnicos, los más traidores de todos los pueblos, aún peores que los griegos, como los sardos, porque habían sido abandonados por ellos en esa repugnante isla en la que vivían. ¿Hay acaso tierra

más salvaje, ciudades más incultas y gentes más groseras que en las Galias que César conquistaba?, se preguntaba el arpinate. Los depravados egipcios, con sus cultos a animales, los galos, crueles y feroces, despreciables por sus sacrificios humanos, y junto con los hispanos, naciones bárbaras y monstruosas. Y Livio no dejaba pasar ocasión para expresar los efectos perniciosos que esta afición por lo exótico en desprecio de lo patrio, había ocasionado en la preservación de costumbres y ritos nacionales, habiendo preferido las historias griegas frente a las de los analistas⁴².

Para algunos, no cabía duda de que la lujuria entró en Roma con los griegos y los orientales. Tan severo como desdeñoso fue Tácito, para el que los griegos en general eran gente frívola y poco seria, propensa a dejarse influenciar por las novedades y lo prodigioso, como se vio con relación al rumor que corría por el año 32 de que había sido visto Druso, el hijo de Germánico, por Acaya y Asia, cuando en realidad seguía en Roma encarcelado por Tiberio. Algunos además, como los que iban en el séquito de Vonones, rey de los partos, por su aspecto producían risa. Por lo demás, sus historiadores no eran tan grandes como se decía, aseveraba Tácito, pues desconocían todo aquello que no fuesen sus propias cosas, que por otro lado eran las únicas que admiraban. En Roma es imposible encontrar hoy un trabajo honrado a causa de la población advenediza de griegos y orientales que desplazan a los romanos. Juvenal no era el único que odiaba a estos extranjeros. Eran insolentes, aduladores y libidinosos, en fin, *quirites*, no se puede soportar una Roma invadida por griegos, extranjeros y orientales principalmente, proclamaba Juvenal (Sherwin-White, 1967)⁴³.

42 Cic. *Sest.* 141; *prov. cons.* 5; 10; 12; *Flacc.* 4; 9; 65; 67; *Scaur.* 42; *red. sen.* 1; *rep.* II.9; *leg. agr.* II.95; *Font.* 31; 33; 41; 43-4; *tusc.* V.78; *deor.* I.16.43; *QF* I.1.27; *phil.* XIII. 33, Livio, *praef.* 12; VIII.11.1; XXI.4.9; XXII.6.12; XXX.30.27; XXXV.49.8, XXXVI.17.4-5; XLII.47.7; Val. Max. 7.4.2, 7.4.4; Ap. *pun.* 62-4; Sil. *pun.* 3.231-4.25; Sal. *Iug.* 108.3; *Rhet. Her.* IV.20; Pol. II.7.5-6; II.19.3-4; II.32.7-8; II.33.2-3; II. 35.6; III.78.2; Caes. *BG* VII. 5. 5-6; 17. 7; 42.2. Hor. *ep.* II.1.156; Plin. *nat.* XXXIII.148.

43 Los cantos de los bárbaros, desconocidos por los historiadores griegos, que sólo admiran sus propias cosas, y no demasiado célebre entre los romanos que, por ensalzar lo antiguo, descuidamos los acontecimientos recientes”, Tac. *ann.* II.2; II. 88.3; V. 10; Marc. XII.82 Juv. *sat.* III. 58-125. Juv. III.60-61.

40 Sen, *Cons. Hel.* VII.10; DC LVI.23.4.

41 Cic. *Flacc.* 4; 9; *parad.* IV. 27-28; Luc. III. 301; Sal. *carta a César*, 9. 3; Livio, XXI. 31. 1; XXXVI. 17, 5, Plut. *Ca. Ma.* 20; Sen. *Contr.* X 4, 21.

CLAUDIO Y LOS EXTRANJEROS

El emperador Claudio no era un iletrado, conocía la obra de Livio y él mismo había escrito una historia de Roma y tratados sobre Cartago y sobre los etruscos. Su valoración sobre la mezcla de gentes que se daba en la Ciudad era positiva, consecuente con su propio origen, pues era de la Galia Lugdunense, y esa mezcla de razas y costumbres a su juicio explicaba el esplendor y la gloria que Roma había alcanzado en su tiempo. Entendía Claudio que en esa juiciosa política de incorporaciones de las poblaciones sometidas que Roma había llevado desde siempre, residió el poder de la Ciudad y la fórmula de su éxito. No disentía por tanto de la tradición analística republicana sobre los orígenes de la Ciudad. Para Claudio era inteligente la armonía entre el triunfo militar y la incorporación de los vencidos a la *civitas*, práctica que podía leer en las historias de Livio, que se remontaba al mismo Rómulo, y que contrastaba con la suerte corrida por atenienses y lacedemonios, que llegaban a apartar de la ciudadanía a sus propios ciudadanos derrotados por el adversario, como si fuesen enemigos o extranjeros. En realidad este era el argumento que Claudio debía defender ante los senadores para inducirles a aceptar, como era su deseo e iba a dictar, que una parte de los galos, los miembros de su aristocracia - *primores gallorum* - al fin y al cabo, unos extranjeros, tuvieran el derecho a acceder al senado de Roma. Para superar reticencias a esta incorporación, en un discurso Claudio les recordaba que las principales *gentes* de Roma eran en realidad extranjeros: sabino fue el primero de los Claudios, Attus Clausus, de Alba Longa los Julios, al ser patria de Julio, hijo de Eneas, su antecesor, de Camerio los Coruncanios, de Túscolo los Porcios y otros senadores eran de Lucania, de Etruria - como Elio Sejano, el prefecto pretorio de Tiberio - y de toda Italia⁴⁴.

NECESIDAD DE MÁS POBLACIÓN DESDE LOS GRACOS A OCTAVIO

Si la repulsa del senado a admitir galos en sus escaños, era muestra del sentir cotidiano de una ciudad convertida en mosaico de pueblos, lenguas y costumbres, en el fondo la cuestión rebasaba el

44 Tac. *ann.* XI.24.1/2. XII.61-62, conoce bien el relato sobre Macedonia, Siria y ámbito oriental en el siglo II a.C. Tulo Hostilio, de la Medulia de los albaneses, vivía en Roma, DH III.1.2. Para Cicerón, ser *homo novus*, era irrelevante entre los reyes de Roma, para él, lo importante era su valía y sabiduría. Cic. *rep.* II.12.24; *tabula Claudiana*, CIL XIII 1668.

plano del mero hastío ante el foráneo, y ponía de manifiesto fallas estructurales que afloraban en la sociedad romana a finales de la República. Para Livio y Dionisio de Halicarnaso el deseo de una Roma más poblada fue casi obsesivo y una constante desde los comienzos de la Ciudad⁴⁵. La historia de Roma desde el último tercio del siglo II al inicio del Principado permite apuntar algunas causas de este planteamiento.

Los Gracos aprobaron leyes sobre problemas que se arrastraban al menos desde mediados del siglo IV, y que eran motivo de queja y descontento entre itálicos y romanos. Tiberio Graco intentó asignar parcelas de tierra pública a campesinos desposeídos, que obtenían así su antiguo medio de vida al tiempo que les abría el camino a la leva. Por otro lado, el trigo a bajo precio que su hermano Cayo aprobó ofrecía un horizonte de subsistencia a miles de ciudadanos, y dos decenios después, la reforma militar de Mario en el 101, eliminaba finalmente cualquier censo y abría la milicia todos los proletarios (Gabba, 1973, 1-46)⁴⁶, en un contexto de dificultad cada vez mayor para completar las levas que los frentes abiertos por todo el Mediterráneo requerían. Finalmente, seguía quedando como problema a resolver, la atención a las históricas reclamaciones de los aliados latinos e itálicos, tan prometidas como incumplidas y postergadas, hasta el estallido social del 90 (Gabba, 1973, 193-334).

La eliminación del censo alivió las necesidades militares, pero sobrecargó las demandas agrarias, al aumentar el número de veteranos con promesa de parcelas. Este fue el problema añadido de los ejércitos de Mario, Sila, Lúculo, Pompeyo, César y los últimos triunviros, y en todos los casos y situaciones, detrás de las problemáticas específicas, se alzaba la necesidad de aumentar la población, de disponer de más ciu-

45 Contrasta esta preocupación por la falta de población con la expresión de esa misma idea dos siglos después, aunque justamente al contrario, cuando por boca de Mecenas, se expresa que los principales problemas de Roma - no en tiempos de Augusto, sino de los Severos - eran el tamaño enorme de nuestra población, compuesta por hombres de toda clase de raza y mérito, con múltiples humores y deseos, y la multitud de asuntos que ocupa a nuestro gobierno, que han llegado a ser tan numerosos que sólo pueden ser administrados con gran dificultad, DC LII. 15. 6,

46 El límite para poder ser reclutado antes del 214 eran 11.000 ases, Livio, I. 43.8; DH IV.17, desde ese año, se rebajó a 4.000, Pol. VI. 19.2, y antes del 101, 1.500 ases, Cic. *rep.* II. 40; Gell. XVI.10.

dadanos que nutrieran los ejércitos, que pudieran sumar nuevos territorios, que a su vez, finalmente, proporcionaran *agri* para los veteranos de esas nuevas legiones, completando el círculo. En definitiva, alimentar y sostener la idea de Imperio desarrollada desde la centuria anterior a los Gracos. No había conquistas ni Imperio sin ejércitos, ni éstos sin dinero, un axioma que los historiadores decidieron que no pudo ser diferente en los primeros tiempos de la Ciudad, cuando ésta inició la ampliación de sus fronteras con la sumisión de sus vecinos⁴⁷.

MI INTERPRETACIÓN DE LA TRADICIÓN SOBRE LOS ORÍGENES.

Recapitulamos lo dicho hasta ahora. La analítica manejó dos tradiciones diferentes sobre los tiempos de la fundación de la Ciudad. Por un lado, la tradición de una Roma poblada con una abigarrada mezcla de gentes, de origen y clase muy diferentes, y por otro la Roma heroica, de pasado esclarecido y prestigioso. Esta última hablaba de preclaros protagonistas, al modo en que los griegos reflejaban la historia de los comienzos de sus ciudades, sus procesos colonizadores arcaicos o la recopilación de sus normas más antiguas. Así, las *poleis* griegas en sus fases iniciales entroncaban con héroes y dioses, en un formato que más tarde, ante el emperador de Roma, por ejemplo, lograba el refrendo de poseer tan ilustres ancestros⁴⁸. Por su parte, el relato historiográfico romano mezclaba tradiciones romanas y adaptaciones de leyendas y mitos griegos. Junto a una Roma de abigarrada mezcla de gentes, de origen y clase muy diferentes, que fue llegando paulatinamente, se abrió camino la explicación que hablaba de un pasado esclarecido y prestigioso, a partir de la llegada de unos pioneros en tiempo y forma concreta. Aquí, a falta de material propio, los momentos pre-fundacionales se construyeron con elementos legendarios transmitidos por los historiadores griegos, de cuyas obras, conocidas por los romanos a través de intermediarios, obtenían sus datos los analistas posteriores y los historiadores que usaron a éstos como fuentes (Ogilvie & Drummond, 2006, 24; Drummond, 2006, 230)⁴⁹.

47 “En las naciones no puede haber paz sin ejércitos, ni ejércitos sin paga, ni paga sin tributos”, Tac. *Hist.* IV.74.2. El nervio de la guerra es el dinero, Cic. *phil.* V.2.5; *Att.* XV.4.1; *Man.* 17.

48 Tac. *ann.* III.62; 63; IV.55/56.

49 De esta clase fueron los relatos sobre los Horacios y

Esta doble y casi antagónica tradición, que mezclaba héroes y dioses con vagabundos y marginados, debía dar satisfacción a la aspiración de un relato único de sentimientos solidarios y patrióticos, de un pasado común y colectivo que fuera armónico con la Roma que ellos habitaban, la ciudad dominadora del Mediterráneo, la más grande del mundo conocido. Una ciudad llena de monumentos que conmemoraban a dioses y héroes, nacionales y helénicos, pero también habitada por una abigarrada población de orígenes, *status*, lenguas y razas que reflejaban su indiscutible posición líder en el mundo conocido. Los historiadores augústeos trasladaron a un pasado que, básicamente desconocían, sus percepciones del presente y explicaron desde este modelo la evolución de los primeros tiempos de la Ciudad. Así, en la Ciudad Primitiva se incrementaban los recursos militares, al tiempo de que se daba al nuevo ciudadano/soldado su parcela de tierra para sostén de su familia, en línea con los repartos de tierras y asentamientos coloniales de veteranos intensificados desde el último tercio del siglo II a. de C. Se proporcionaban de esta manera las claves de la grandeza presente y su justificación al venir avaladas por la práctica de los *mores maiorum* desde el mismo comienzo de la Ciudad. Información, educación y valores morales, servidos desde el estricto respeto de la retórica.

Esta fue la obra de la historiografía augústea, la construcción de una historia de concierto, armonía y solidaridad, un argumento que sin soslayar la disparidad de los elementos constitutivos iniciales, el ámbito de los dioses y héroes griegos del principio, y la obscura llegada de gentes de todas clases, fuese capaz de reflejar las realidades cotidianas de aquella gran Ciudad, crisol de elementos heterogéneos, sin dejar de alimentar el orgullo de ser heredero del mismo.

Curiacios, Mucio Escévola, Horacio Cocles, las damas Clelia, Lucrecia y Verginia, el volsco Coriolano, el veterano soldado Lucio Siccio, el sacrificio de los Fabios, los episodios de Espurio Melio, Espurio Cassio y M. Manlio Capitolino, el dictador Quincio Cincinato, L. Junio Bruto, el primer cónsul, y sus hijos, Servilio Ahala, entre otros muchos. La inserción de éstas y otras muchas leyendas en el relato histórico parece que tuvo que ver con la influencia de las familias aristocráticas correspondientes, pero sobre todo servía para llenar vacíos informativos, Gell.II.11.1/4; IV. 5. 1; Livio, II.14.3. La leyenda de Verginia es una copia de la de Lucrecia.

BIBLIOGRAFIA

- Beloch, K.J. (1886), *Die Bevölkerung der griechisch-römischen Welt*, Leipzig.
- Beloch, K. J. (1903), *Die Bevölkerung Italiens im Altertum*, *Klio*, III, 489-490.
- Boyance, P. (1940), “Sur Cicéron et l’histoire (Brutus, 41-43)”, *Revue des Études Anciennes*, 42, 1940, 388-392.
- Briquel, D. (1984), *Les pelasges en Italie. Recherches sur l’histoire de la légende*, Roma.
- Briquel, D. (1994), “La formation du corps de Rome: Florus et la question del’Asylum”, *Acta Classica Universitatis scientiarum Debreceniensis* 30, 209-222.
- Brown, F. E. (1974-1975), “La protostoria della Regia”, *Redinconti della Pontificia Accademia di Archeologia*, 47, 15-36.
- Carandini, A. (1997), *La Nascita di Roma: dèi, Lari, eroi e uomini all’alba di unaciviltà*, Torino.
- Carcopino, J. (1940), *Daily Life in Ancient Rome*, New Haven.
- Celsaint-Hilaire, J. et Feuvrier-Prévotat, C. (1979), “Guerres, échanges, pouvoir à Rome à l’époque archaïque”, *Dialogues d’histoire ancienne*, 5, 103-136.
- Corbier, M. (1987), “L’écriture dans l’espace public romain, *L’Urbs: espace urbain et histoire (Ier siècle av. J.-C. – IIIe siècle ap. J.-C.)*”, Actes du colloque international de Rome, 8-12 mai 1985, Rome, 27-60.
- Cornell, T. J. (1986), “The Formation of the historical Tradition of Early Rome”, *Past Perspectives: Studies in Greek and Roman Historical Writing* (I. S. Moxon, J.D. Smart and A. J. Woodman, Eds.), Cambridge, 67-86.
- Cornell, T.J. (1992), “The tyranny of the evidence: a discussion of the possible uses of literacy in Etruria and Latium in the Archaic Age”, *Literacy in the Roman World* (J.H. Humphrey, Ed.), *Journal of Roman Archaeology Supplementary Series*, no. 3, 189- 198.
- Cornell, T.J. (2001), “Cicero on the Origins of Rome”, *Bulletin of the Institute of Classical Studies*, 45.576, 41-56.
- Cornell, T.J. (2005), “The value of the Literary Tradition concerning Archaic Rome”, *Social Struggles in Archaic Rome. New Perspectives on the Conflict of the Orders* (K. A. Raafaub, Ed.), The University of California Press, 1986, Oxford, 47-74.
- Cornell, T. J. (2006), “The Conquest of Italy”, *The Cambridge Ancient History*, VII.2, [1989], 351-419.
- Cornell, T. J. (2016), “Emilio Gabba and the history of archaic Rome”, *I percorsi di un historikos. In memoria di Emilio Gabba*, Atti del Convegno di Pavia (18-20 settembre 2014) a cura di Chiara Carsana e Lucio Troiani, Pavia, 91-104.
- Cristofani, M. (1978), “Rapporto sulla diffusione della scrittura nell’Italia antica”, *Scrittura e civiltà*, 2, 5-33.
- Dench, E. (2005), *Romulus`Asylum: Roman Identities from the Age of Alexander to the Age of Hadrian*, Oxford y New York.
- Drummond, A. (2006), “Rome in the fifth Century i: the social and economic framework”, *The Cambridge Ancient History*, VII.2, [1989], 113- 171.
- Editor’s Preface to the first Edition (2005), *Social Struggles in Archaic Rome. New Perspectives on the Conflict of the Orders* (K. A. Raafaub, Ed.), The University of California Press, 1986, Oxford, p. xvii-xxiv.
- Flower, H. I. (2010), *Roman Republics*, Oxford and Princeton.
- Forsythe, G. (2005), *A Critical History of Early Rome. From Prehistory to the First Punic War*, Los Angeles, Berkeley and London.
- Frank, T. (1940), *An Economic Survey of Ancient Rome*, V, Baltimore.
- Gabba, E. (1960), “Studi su Dionigi di Alicarnasso. La costituzione di Romulo”, *Athenaeum* 38,175-225.
- Gabba, E. (1973), “Le origini dell’esecito professionale in Roma: i proletarii e la riforma di Mario”, *Esercito e società nella tarda repubblica romana*, Firenze, 1-46.
- Gabba, E. (1973), “Le origini della guerra sociale e la vita politica romana dopo l’89 a.C.”, *Esercito e società nella tarda repubblica romana*, Firenze, 193-334.
- Gabba, E. (2005), “Proposta per un quadro storico di Roma nel V sec. a. C.”, M. Humbert (a cura di), *Le dodici tavole. Dai decemviri agli umanisti*, Pavia 117-124.
- Gjerstad, E. (1973), *Early Rome*, I-VI, Lund.
- Graham, A. J. (2008), “The colonial expansion of Greece”, *The Cambridge Ancient History*, III (3), 83-162.
- Gratwick, A. S. (1982), “Prose Literature”, *The Cambridge History of the Classical Literature. II. Latin Literature* (E.J. Kenney, Ed.), 138-155.

- Gruen, E. (2006), "Romans and Others", *A Companion to the Roman Republic* (N. Rosenstein and R. Morstein-Marx, Eds.), Oxford, 459-477.
- Harris, W. V. (1979), *Ancient Literacy*, Cambridge, Mass.
- Holleman, A.W.J. (1987), The *Ogulnii* Monument at Rome, *Mnemosyne* 40. 3-4, 427-429.
- Holloway, R. R. (1996), *The Archaeology of Early Rome and Latium*, London and New York.
- Homo, L. (1925), *L'Italie Primitive et les debuts de l'imperialisme romain*, Paris.
- La Rosa, F. (2000), "Le attribuzioni del "comitia curiata", *Index* 28,181-185.
- Laurand, L. (1911), "L'Histoire dans les discours de Cicéron", *Musée Belge*, 5-36.
- Letta, C. (1988), "La tradizione storiografica sull'età regia: origine e valore", *Alle Origine di Roma, Atti del Colloquio tenuto a Pisa*, (a cura di E. Campanile), Pisa, 61-75.
- Levene, D.S. (2007), "Roman Historiography in the Late Republic", *A Companion to Greek and Roman Historiography* (J. Marincola, Ed.), vol. I, Blackwell, Oxford, 255-268.
- Martinez Pinna, J. (1999), "Caton y la tesis griega sobre los Aborigines", *Athenaeum*, 87.1, 93-109.
- Martino, F. de (1972), "Intorno all'origine della Repubblica romana e delle magistrature", *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt*, I.1, Berlin /New, 217-249.
- Momigliano, A., (2006), "The origins of Rome", *The Cambridge Ancient History*, VII.2, [1989] 52-112.
- Momigliano, A. (1993), "¿Mentía Fabio Pictor?", *Ensayos de Historiografía antigua y moderna*, Wesleyan University Press 1977, Mexico, 89-94.
- Münzer, F. (1905), "Atticus als Geschichtsschreiber", *Hermes*, XL, 50-10.
- Muñoz Coello, J. (2006), "El discurso romano sobre el poder. Teoría y práctica a fines de la República", *Klio*, 88.1., 145-166.
- Muñoz Coello, J., (2006), "El discurso romano sobre el poder. Teoría y práctica a fines de la República", *Klio* 88.1, 145-166.
- Muñoz Coello, J. (2019), "Troyanos, pastores y nobles. Apuntes sobre la Roma primitiva", *Erebea*, 9, 255-296.
- Muñoz Coello, J. (2018), "Aspectos de la monarquía romana del siglo VI. Reflexiones sobre la tradición", *Onoba*, 6, 147-170.
- Muñoz Coello, J. (2018), "La historia en Roma. Retórica, *res gestae* y crisis", *Erebea*, 8, 157-194.
- Oates, W. J. (1934), "The Population of Rome", *Classical Philology*, 29, 101-116.
- Ogilvie, R. M. (1965), *Commentary on Livy Books, 1-5*, Oxford.
- Ogilvie, R.M. and Drummond, A. (2006), "The Sources for Early Roman History", *Cambridge Ancient History*, VII.2, [1989], 1-29.
- Packer, J. E., (1967), "Housing and Population in Imperial Ostia and Rome", *Journal Roman Studies*, 57, 80-95.
- Paladini, V. (1947), "Sul pensiero storiografico di Cicerone", *Rend. Acc. Lincei*, II, 329-344.
- Papakonstantinou, Z. (2008), *Lawmaking and Adjudication in Archaic Greece*, London.
- Poucet, J. (1985), *Les origines de Rome. Tradition et histoire*, Bruxelles.
- Poucet, J. (1989) "Réflexions sur l'écrit et l'écriture dans la Rome des premiers siècles", *Latomus*, 48, 285-311.
- Poucet, J. (2000), *Les rois de Rome. Tradition et histoire*, Bruxelles.
- Raaflaub, K. A. (2006), Between Myth and History: Rome's Rise from Village to Empire (the Eighth Century to 264), *A Companion to the Roman Republic* (Nathan Rosenstein and Robert Morstein-Marx, Eds.), Oxford, 125-146.
- Rambaud, M. (1952), *Cicéron et l'Histoire Romaine*, Paris.
- Rowell, H. T. (1962), *Rome in the Augustan Age*, Norman, Okla.
- Salmon, E. T. (1936), "Roman Colonization from de Second Punic War to the Gracchi", *Journal of Roman Studies*, 26, 47-67.
- Sherwin-White, A. N. (1967), *Racial Prejudice in Imperial Rome*, Cambridge.
- Snodgrass, A. (1971) *The Greek Dark Age*, Edinburgh.
- Ungern-Sternberg, J. von (2011), "The tradition on Early Rome and Oral History, Greek and Roman Historiography" (J. Marincola, Ed.), *Oxford Readings in Classical Studies*, Oxford, 119-149.
- Werner, R. (1963), *Der Beginn der römischen Republik: historisch-chronologische Untersuchungen über die Anfangszeit der liberales publica*, München.
- Whitley, J. (1997), "Cretan Laws and Cretan Literacy", *American Journal of Archaeology*, 101.4, 639;
- Wiseman, T. P. (1989) "Roman Legend and Oral Tradition", *Journal of Roman Studies*, 79, 129-137.

